

Título del cuento: “El viajero solitario”

Autora: Sofía Resnicoff Bernetti

DNI: 52703231

Edad: 8 años

Escuela: Colegio Norbridge.

Cursa: 4° grado

Barrio y Provincia: Saavedra. Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Correo electrónico de la escuela:

direccionprimaria.cap@colegionorbridge.edu.ar

El Viajero Solitario

Era una noche espléndida y brillante. Una suave brisa acariciaba delicadamente su rostro. Estaba acostado en la proa mirando hacia las estrellas. A su alrededor todo era agua. Por fin faltaba poco para llegar a la isla y poder hacer lo que más le gustaba: armar pulseras y collares. Todo era perfecto hasta que los chicos de la escuela a la que iba lo vieron haciendo sus artesanías y empezaron a burlarse de él.

Se despertó sobresaltado. Estaba avergonzado y asustado. Era la segunda semana de clases en su nueva escuela. Todavía se sentía aislado: no tenía amigos ni prestaba atención en las clases. Lo único que sentía era una voz interna que le repetía “me quiero ir”. En parte porque era muy tímido y le costaba hacer amigos, y por otra porque, en su otra escuela, todos lo entendían y en esta se sentía completamente diferente, incómodo.

A las tres de la tarde volvió a su casa donde lo esperaba toda su familia. Le preguntaron cómo había estado pero se encerró en su cuarto sin contestar. Encajó la silla en el picaporte para que nadie pudiera entrar y agarró la brújula de su abuelo Armando. Cuánto y cómo lo extrañaba. Había fallecido hacia unos meses atrás y Emilio continuamente recordaba cada una de las historias que le había

relatado de sus aventuras como navegante. Con lágrimas en los ojos miró fijamente la brújula como si estuviera frente a él y dijo:

“Ayúdame, dame consejos. Te necesito conmigo.”

De repente, en el centro de la brújula, apareció Armando. La cara de su abuelo tan lindo y feliz como lo recordaba. Se iluminó. Emilio observó detenidamente cada detalle y se sorprendió al ver que la aguja marcaba el norte. Por un momento se sintió guiado y acompañado pero luego se sintió perdido y solo. Creía que la brújula quería decirle algo, aunque él no lo entendía. Sorpresivamente, la brújula marcó el sur.

Se esforzó por respirar, contar hasta diez como le habían enseñado y tranquilizarse. Lo logró. Se concentró en los momentos en los que se dejaba llevar por su creatividad y conseguía transformar las piedras y semillas en objetos que hasta a él le impresionaban. Se imaginaba junto a su abuelo, y la brújula marcó el norte. Le sonrió nuevamente.

Ya era tarde. Se fue a acostar tratando de retener esa alegría y emoción que tan bien lo habían hecho sentir. Se despertó a la 4 de la mañana y no pudo volver a dormir. Decidió ir a caminar para recolectar piedritas y semillas para sus artesanías y dejarlas en su escondite, una cueva hecha de piedras que había descubierto cuando llegaron al pueblo. De ahí se fue a la escuela.

Emilio se sentó justo antes que la maestra Alicia anunciara que el viernes, en la fiesta del pueblo, iba a haber un concurso de talentos. Cada trabajo sería expuesto con un número para que, a la hora de votar, las personas eligieran el que más les gustaba sin saber quién lo había hecho. Emilio se entusiasmó. Cuando terminó la clase, caminó por el sendero opuesto al de su casa en busca de más material para los objetos que iría a presentar en el concurso.

Finalmente el día llegó. Todos los trabajos de los chicos estaban expuestos en una mesa. Cada visitante debía votar el que más le gustara. Al final del día, los organizadores anunciaron los trabajos ganadores.

- Tercer lugar: 248.

Una niña apareció en el podio y se escucharon aplausos.

- Segundo lugar: 112.

Marcos, uno de los alumnos más grandes, se presentó ante el público. Los aplausos sonaron nuevamente.

- Y por último, el primer lugar es para el 347 (¡ese era el número de Emilio!).

Nadie se presentó.

- 347 -repitió el organizador buscando entre las chicas- A ver... ¿Quién es?

Emilio no sabía qué hacer. Se sentía nervioso y quería salir corriendo. Metió la mano en el bolsillo apretando lo que tenía, se dio cuenta que era la brújula. Escuchó un tintineo. La aguja no paraba de moverse. La brújula intentaba arrastrarlo al escenario. La aguja parecía que quería salir. La miró. No paraba de agitarse hacia el norte, donde estaba el escenario, escucho una voz:

“Mostrate como sos. No te ocultes. No dejes de hacer cosas por lo que pensás que van a decir de vos.”

Emilio siguió el consejo, su abuelo lo acompañaba . Se presentó ante el público. Los aplausos resonaron en la sala. Estaba feliz y orgulloso. Por fin había entendido que tenía que ser quien realmente era.

FIN

Sofía Resnicoff Bernetti